

El lector indeciso

Charlies27

Image not found.

Capítulo 1

Hace muchos años que perdí la cuenta de los libros que tengo. Podría decir que tengo la casa literalmente llena. Empecé de muy joven con una pequeña estantería en casa de mis padres, poco a poco fui ampliando mi biblioteca, pero como no tenía sitio - en la casa de mis padres las estanterías estaban reservadas a cuadros familiares y figuritas de porcelanas - fui guardándolos en cajas debajo de la cama, primero de la mía y luego en la de mi hermana. Me costó muchísimo conseguir que ella me dejase meterlos allí, a cambio le cedí un poco de armario; acabé con menos un tercio del armario que compartíamos a medias. Hace mucho de aquello, podría decirse que peino canas, aunque en este caso no literalmente. Con los pelos me ha pasado lo contrario que con los libros, en casa de mis padres tenía una larga melena y hoy apenas me queda una pequeña estantería a la altura de la nuca. Mi madre decía que a veces tenía premoniciones, conmigo están a punto de cumplírsele dos.

Una que acabaría enterrado en libros y cualquiera que entre en mi casa comprobará que está cerca de cumplirse , y la otra que terminaría con la cabeza como una bola de billar con tantos potingues como me echaba y cualquiera que me vea ahora vería que también queda poco, aunque a decir verdad más que a una bola de billar se va pareciendo a una patata. Me casé joven, con una mujer que nunca merecí, la pobre tuvo que aceptar una pequeña condición, que una de las habitaciones de la casa se convirtiera en una biblioteca, aceptó con la condición de que el mantenimiento de esa habitación correría de mi cuenta. El polvo entre las baldas y los libros tardó muy poco en hacerse perenne. El problema llegó cuando la habitación se quedó pequeña y comencé a conquistar el resto de la casa. No se como, pero conseguí convencerla para colocar en el salón una librería que ocupaba casi un testero entero, pero también terminó quedándose pequeña. A partir de ahí cada nuevo hueco que buscaba para libros me costaba una discusión.

Llevábamos dos años casados cuando sufrí un accidente en el trabajo. Mi espalda quedó bastante fastidiada, desde entonces no pude volver a trabajar, apenas puedo coger nada de peso y camino con una ligera cojera de la pierna izquierda que cada día se acentúa más. Mi mujer fue mi gran apoyo en aquellos momentos. Al principio me sentía como un inútil, caí en una profunda depresión de la que salí a medias y solo gracias a ella. Me indemnizaron y recibo desde entonces una pensión. Con esa pensión, hoy que vivo solo, tengo más que suficiente, pero para un matrimonio joven con un proyecto de familia en mente no era suficiente. Mi mujer comenzó a trabajar y ahí empezaron nuestros problemas, reconozco que todos por culpa mía. Me refugié en mis libros, leer y comprar, leer y comprar. Pasaba los días encerrado leyendo y si salía era casi siempre para ir a las librerías o los rastrillos. Ella nunca presumió de tener premoniciones como mi madre, pero una tarde cuando llegó del trabajo y me encontró dormido en el sofá con un libro sobre el pecho y

una pila de ellos en el suelo, me despertó de forma brusca y me dijo casi gritándome.

Vas a terminar loco, loco y solo. Lo tuyo no es normal. Estás obsesionado.

No tardó mucho en cumplirse. Poco tiempo después durante una cena me dijo.

No puedo seguir viviendo así. No somos una pareja. Has cambiado demasiado, ya... Ya no eres el mismo.

Permanecí callado con la vista fija al frente durante un buen rato. Ella me miraba incomoda.

¿No dices nada?

Perdona... Llevas razón. No te mereces esto. Eres joven, guapa y una gran mujer. Perdóname.

Aquella noche decidí irme.

No voy a hablar de aquello que fue muy duro. Me fui a vivir solo a un piso, donde vivo desde entonces. Sin duda lo mejor para ella. Eché por tierra aquel proyecto de familia que nos unió; espero que me perdonara por el tiempo que no la hice feliz.

Me fui y solo me lleve los libros.

Ahí comenzó a cumplirse la premonición de mi mujer, me quedé sólo, lo otro, lo de loco, probablemente llevaba tiempo cumpliéndose. Pasado un tiempo, mi hermana que seguramente no me vio en muy buen estado, me aconsejó que fuera al médico. Mi imagen no sería del todo normal; leyendo o andando como alma en pena por la casa, con barba de días, a veces de semanas y el poco pelo al estilo Einstein daba que pensar. No estás bien. Debes tener algún trauma del accidente. ¿Por qué no vas al médico?. Aféitate, pélate. Das pena. Como sigas así terminarás hecho un viejo carcamal - otra con el don de predecir.

Procuré cuidarme algo más, sobre todo la imagen, pero poco tiempo después en una de las visitas que me hizo, encontró en la sala de estar dos tazas de té y me preguntó extrañada, si había tenido visita.

Mi reacción - Titubeé y cambié de tema - la puso en alerta. Sabía que no había venido nadie. Al día siguiente me sacó casi a la fuerza de la casa y me llevo a un especialista. Esquizofrenia me diagnosticaron. Resulta que tengo visitas a menudo de autores y personajes de libros y se supone que son todas producto de mi imaginación. Me recetó unas pastillas y cita periódica para controlar la enfermedad. Por supuesto no tomé una sola pastilla y en las citas aseguré que las visitas habían desaparecido. Seguí yendo a las sesiones por complacer a mi hermana hasta que un día el doctor con una cara de satisfacción, que estuvo a punto de provocarme un ataque de risa, me dio el alta. Lo primero que hice cuando salí de la consulta fue ir a casa y tomarme una copa con Charles Dickens para celebrarlo.

Las visitas supuestamente imaginarias la tengo desde hace mucho. La primera vez estaba solo en mi biblioteca, aunque tenía ya entonces la casa llena de libros, en la biblioteca estaba y está mi lugar favorito. Allí o

aquí mejor dicho - pues es donde estoy escribiendo ahora mismo - tengo los libros que para mi son más especiales. Me encontraba de pie delante de una estantería, pensando que libro coger y no me decidía. ¿Un Dickens, un Tolstoi, un...?, lo único que tenía claro es que me apetecía un clásico.

Grandes esperanzas - Dijo una voz detrás mía - Y así lo terminas de una vez.

Ni me asusté ni me sorprendí la primera vez que vi a Dickens, esa era según el doctor una de las cosas que demostraban que todo era producto de mi imaginación. Lo cierto es que fue como si lo esperara.

Buenas noches me dijo cuando me volví y le miré.

Bububuenas no...ches - le contesté, no me había sorprendido, pero me impresionó su presencia. Se...señor Dickens es un plaplacer tenerle en mi casa.

Me tiene desde hace mucho en su casa - me dijo señalando con la mirada hacia los libros - aunque veo que para nada.

Perdone. Es verdad...

No se excuse. Usted se lo pierde.

Por supuesto. Es un gran placer leerle.

Ya ya. Por lo que veo... es usted un lector indeciso

Llevaba razón. La proporción de libros que tengo y las horas que he dedicado a la lectura no cuadran para nada con la lista de libros que he leído y es que muchos, muchísimos libros los he dejado a medias o incluso casi terminados. Por una razón u otra muchas veces he dejado en la estantería el que estaba leyendo, para coger otro que a su vez también solía acabar igual. Algunos los dejo a medias, porque simplemente no me gustan, nunca me ha costado cerrarlos, por esa razón; hay demasiados libros maravillosos. Otros los dejo por la sencilla razón de sentirme más atraído por un nuevo título, (ya seguiré con ellos) y hay otros que los dejo sin terminar, porque me gustan demasiado. Sonará absurdo, pero es así. Esto último tiene que ver con esa sensación de vacío que te queda cuando has terminado un gran libro. Recuerdo lo que sentí cuando terminé Frankenstein, (una obra maestra para mí). Se acabó, había terminado, no habían ni habrían más páginas. Me sentí fatal. Aquella sensación que volvió con otros títulos, terminó anticipándose al final; cuando veía que iban quedando pocas páginas comenzaba el malestar y terminé por cerrarlos antes. Sin embargo esto solo me suele pasar con libros de autores que ya no viven. Con los que están aún vivos me consuelo con la esperanza de que puede haber más. El primero que decidí no terminar fue Grandes Esperanzas; no quería perder a Pip. Y precisamente su autor fue el primero en venir a mostrarme su malestar por ello